

PRÓLOGO/INTRODUCCIÓN

¡HOLA NORTE!

DIARIO DE UNA PEREGRINA

Un 28 de noviembre de finales de los 60, decidí irrumpir en el mundo para no ser menos que mi hermana Marina. Ella siempre sería la mayor, la primogénita, la que nació envuelta en palabras para ser escritas; en sábanas de lino tejidas y bordadas por la abuela Dosinda... A cambio, y gracias a mi elección, la historia de nuestra familia quedaría señalada para siempre con una particular anécdota: las dos vendríamos al mundo, con seis años de diferencia, pero a la misma hora, del mismo día, del mismo mes, y en martes. En el peor de los siete días para nacer por estar éste regido, según las ancianas de la aldea, por el arcángel Samuel, infinitamente menos poderoso que Rafael.

Claro que y, aunque le puse mucho empeño a que mi nacimiento se convirtiera en un día señalado, he de decir que, a diferencia de Marina, no nací en la casa de San Miguel de Pacios, ni en la habitación de mis padres a la luz de las velas, donde, a día de hoy, duermen cada día, asistida por una experta comadrona con pelos en el mentón y toquilla negra sobre la espalda. Ni al lado del Cruceiro, el guardián de los pasos de nuestra familia, erigido en ese cruce de caminos en los que, desde que el mundo es mundo, lucha el bien contra el mal. Tampoco detrás de los ventanales que un día golpearon las ánimas de mis antepasados reclamando atención. Los mismos a los que, con los años, vendrían los pájaros a dar señales de muerte que habrían de prepararnos para la ausencia que dejaría tras de sí la abuela... Y tantas otras muestras del “más allá” en las que yo no creí hasta que las oí y las vi.

Comprenderán, sin embargo, que esa forma de *no venir al mundo*, me marcaría para siempre dándome aires *ciegos* que me harían sentir parte de una modernidad que sólo me dejó como legado algún que otro remiendo en el espíritu.

Y, aún así, he de dar gracias a Dios de que don Edelmiro, el cura de la parroquia, no lo complicara más al querer bautizarme con

otro nombre. Y, sobre todo, que mi madre no cediera por el “que dirán” a los deseos de éste cuando, en plena ceremonia y con la Iglesia abarrotada de fieles, se le metió en la cabeza que Dios había enviado un mensaje celestial a través de la nevada que había caído esa misma mañana, y que había que corresponder a la señal divina llamándome *Marinievas*.

Me queda decirles que, hace tiempo, yo también dejé la vieja casona de piedra para cultivar el aire nómada de nuestro pueblo yendo de un lugar a otro con los libros debajo del brazo; que estudié en una universidad extranjera y que, hoy día, desde hace nueve años, mi segunda casa está en Londres, a la orilla del Támesis, el río que supo, mucho antes que yo misma, cuanto habría de echar de menos el Miño.

Claro que, fue a causa de este ir y venir, que descubrí, hace muy poco, que pertenezco y estoy hecha de esta tierra; que la ansiedad que creí sentir sólo era nostalgia y que, por mucho que vaya de un lugar a otro a la búsqueda de otros paraísos, el mío siempre estará en esta orilla de la *Ribeira Sacra*. En ese lugar donde el viejo Cruceiro tira de mí con lazos invisibles obligándome a elegir mil veces entre el bien y el mal, exactamente igual que en todos los cruces del Camino que uno se encuentra después de asumir el papel de peregrino.

Porque eso fue lo que sucedió cuando descubrí que para tomar contacto con mi verdadero ser no tenía que haber ido a ninguna parte... Aunque, ¿cómo saber si no fue precisamente *el viaje* el que provocó que, alcanzada la treintena, me convirtiera en una peregrina del *Spiritus Mundi*? En otra diminuta figura, frente a la majestuosidad del paisaje que, arrastrando las mismas pertenencias con las que miles y miles de caminantes pasaron ante los ojos de mi infancia y adolescencia, recorre, anónimamente, la senda de las estrellas.

Así que, siendo ahora una más en el ir y el venir de las gentes forasteras que buscan la tumba del Apóstol, me pregunto por qué esperé tantos años para unirme al río de las peregrinaciones. Y por qué no entendí, entonces, que mirar no es lo mismo que ver.

Como el campo, la iglesia derruida, los árboles o la vieja camelia de la abuela, el símbolo más blanco de nuestro invierno, la

sombra de los peregrinos en el horizonte estuvo ahí desde que abrí los ojos. Creo, de todas formas que, aunque hubiera preguntado a los maestros de la aldea, nadie me habría respondido acertadamente. Usando un círculo de palabras que me atraparan para siempre haciéndome entender que hay que empezar buscando por uno mismo sin que importe demasiado en qué lugar se lleva a cabo esa búsqueda.

Si lo hubiera sabido, no me hubiera ido... Me habría quedado para descubrir, cómo se mueven los mil ríos de mi corazón al ritmo del universo y cómo desde las alas desplegadas de éste, se puede viajar sin moverse por los hermosos valles y océanos de la Tierra. Sí, si lo hubiera sabido, no me hubiera ido pero, como casi siempre sucede, lo mejor estaba más allá de las fronteras y ahí fue donde empezó todo.

Después, con el tiempo, yo también despertaría sintiendo que en mí se había producido la verdadera alquimia. No esa alquimia que describen como la ciencia que permitía convertir cualquier metal en oro, sino esa transformación que se produce en nuestro interior cuando nos hemos ido despojando de todo lo innecesario; cuando, de verdad, podemos empezar a mirar el mundo que nos rodea con otros ojos y otro corazón.

El mismo corazón con el que volví a casa, después de haber recorrido, por primera vez, novecientos kilómetros en treinta días. Al cruce de los cuatro caminos. El lugar donde los ángeles se pelean con los diablos cuando éstos intentan salirse con la suya a la hora de conducir a los caminantes en una dirección u otra. El lugar donde las brujas danzan de la mano en los días de fiesta. Las mismas que, en las orillas del Miño, a la altura de Sobrecedo -el único lugar del mundo donde el silencio puede pararlo todo- sobrevuelan el caudal del río en sus escobas de rayos fabricadas con ramas de muérdago, en los amaneceres con niebla. Los únicos días en los que se puede ver a los habitantes de los *castros* sepultados por el río conversando con las legiones de romanos que llegaron hasta este rincón de la tierra en busca de oro para sus arcas y de vino para sus Césares. El mismo que hechizaría a aquellos que abandonaron los ejércitos y la guerra para transformarse en monjes sabios.

Nada es distinto y, sin embargo, desde mi *nuevo ser* he sacado a la luz alguna de las mil posibilidades que me habitan y me eran, por completo, desconocidas. Eso es Alquimia (Por algo, Santiago, es el patrón de los alquimistas) y eso es lo que el Camino me ha regalado: la transmutación, el despertar de mi conciencia, el saber que no tiene sentido buscar fuera lo que está dentro. Millones de rosas pueden ser reducidas a una simple gota de perfume. Una gota de esencia. En apariencia dos cosas tan distintas y, sin embargo, ¿no reconfortan ambas igualmente nuestro espíritu?

Como los personajes de algunas obras literarias, me despedí de mis árboles abrazándolos sin saber que, en algunas partes del mundo, existen bosques que no han sido tocados por la mano del hombre. Bosques habitados por espíritus que deambulan libres para hablar y hacer amistad con los hijos del viento y los arroyos...

Y como los hombres que comprenden que aman a su tierra por encima de todas las cosas, nada más volver, me abracé, de nuevo, a ellos para sentirlos respirar.

He vencido todas las tentaciones y sólo me he detenido lo indispensable. Necesitaré días, quizás años, para asumir todo lo aprendido. El camino sigue. Sólo he empezado a recorrerlo y ya escucho que me llama... “Ya voy, camino”, grito para que me oiga.

Intentarán hacerme ver que todo fue un sueño, pero la magia no puede destruirse... Nada podrá detenerme ante la experiencia inacabada... El Camino seguirá estando ahí para ser recorrido por *todos* porque, como decimos en Galicia: “sí de día, los caminos son para los vivos... por la noche, hay que dejárselos a los difuntos porque, en alguna parte, tienen que ‘estirar sus piernas’”.